

¿Qué tipo de “ciudadanía” es la “ciudadanía transnacional”?

Silvina Merenson

“Ciudadanía”, tal como ha sido señalado en reiteradas oportunidades, es una categoría central, y al mismo tiempo difusa, ampliamente empleada en la vida cotidiana, los debates políticos y la investigación académica. Desde su concepción clásica, base de su definición normativa o legal moderna, alude al vínculo del individuo con el Estado, delimitado por un conjunto de derechos y obligaciones que consagran su pertenencia a una comunidad cuyas fronteras coinciden con las del Estado-nación. Esta definición de lo que suele denominarse “ciudadanía formal” es aquella que vemos materializada en pasaportes, puestos fronterizos y procesos de asilo o deportación. De ahí que “ciudadanía” puede funcionar como un “poderoso instrumento de clausura social” que permite distinguir entre *insiders* y *outsiders* (Brubaker, 1992)

Como es sabido, en los años 1940, T. H. Marshall (1965) enunció tres categorías de ciudadanía que estructuraron la reflexión política y académica en torno a los derechos: la ciudadanía civil, política y social. En su formulación, muy brevemente, los derechos civiles garantizan la libertad de expresión, los políticos el acceso al auto-gobierno y, los sociales, un mínimo de bienestar económico para todos los miembros de la comunidad. Si bien su lectura ha sido objeto de distintas revisiones críticas, su clasificación inspiró otras y habilitó una serie de debates acerca de sus bordes, alcances y beneficios, particularmente alentados por el impacto de la creciente movilidad poblacional y los fenómenos migratorios, aquellos que junto a las transformaciones en las comunicaciones y el flujo de información y capital, constituyen aspectos centrales del actual orden del capitalismo global.

En lo reciente, trabajos como los de Saskia Sassen (2010) y Linda Bosniak (2000), ayudaron a demostrar que no existe una definición objetiva de “ciudadanía”, situada allí afuera y lista para usar, sino que su conceptualización depende de aquello que queramos aludir o abordar. “Ciudadanía”, entonces, puede referir a un status legal, a un sistema de derechos, a una forma de actividad política, a una identidad o, incluso, a un sentimiento colectivo que trasciende las fronteras territoriales y jurisdiccionales de los

Estados-nación (Bosniak, 2000: 452). El reconocimiento de este amplio y heterogéneo rango que es el que da origen a las propuestas de “ciudadanía desnacional”, “global” o “posnacional”, es posible en la medida en que la noción se desplaza de su sentido normativo, para incorporar las lógicas presentes en las prácticas que hacen a sus usos concretos. Son esos usos concretos aquellos que cuestionan, en términos de Sassen (2010), la asociación acrítica entre territorio, autoridad y derechos, es decir las dimensiones que definen, según cómo resulten conjugadas, una determinada idea de “comunidad”.

Desde la teoría crítica, no son pocas las intervenciones que parecen estar de acuerdo en que la reconstrucción del significado de las prácticas políticas en el mundo globalizado supone partir de una idea de “comunidad política pos-territorial” (Chandler, 2013). La propuesta, anclada en la reflexión teórica sobre la crisis de legitimidad de los cuerpos representativos en las democracias liberales, busca visibilizar la acción de una serie de actores en red, más o menos estructurada o institucionalizada, que expresaría la fuerza y dinámica de los mercados, el flujo de poder de las políticas internacionales y la creciente influencia de las ONG sobre distintas dimensiones del mundo de la vida. Si, como ha sido señalado, bien la noción no resuelve cuestiones centrales –p.e. cuáles son sus límites o quién sería su sujeto–, apuesta al juego crucial entre estructura y agencia para revisar, entre otras cuestiones, algunas ideas estáticas respecto del Estado-Nación, el territorio nacional y el ejercicio de la soberanía. En esta última dirección es que Mitra (2013) sugiere su conceptualización como un “flujo cultural”, resultado de un contexto político, histórico y espacial específico, así como del entrecruzamiento de distintas ideas de persona, políticas públicas y acciones colectivas en la lucha por los derechos. La ciudadanía como “flujo cultural”, al mismo tiempo que busca complejizar su definición formal o normativa sumando a ella los modos en que circulan símbolos, valores y relaciones de poder, busca llamar la atención sobre las múltiples inequidades cifradas en su pretensión universal.

En lo reciente, los esfuerzos tanto empíricos como teóricos se concentraron en indicar la pluralidad del estatus ciudadano para captar las diversas relaciones, identificaciones y lealtades que en el caso de la “ciudadanía transnacional” atraviesan las fronteras de los Estados-nación. Ésta alude, en términos de Baubock (2013), a las estructuras de oportunidad política que permiten o restringen a las personas migrantes y no migrantes a la hora de actuar sobre los criterios de membrecía y participar de la lucha colectiva por sus derechos. En este terreno, a fin de poder explicar su constelación o configuración, resulta crucial considerar las “prácticas políticas transnacionales”, entendidas aquí como “las diversas formas de participación transfronteriza directa en la política del país de origen –por ejemplo, votación, apoyo a los partidos políticos o la intervención en los

debates de la prensa—, así como la participación indirecta a través de las instituciones políticas del país de destino” (Østergaard-Nielsen, 2003).

La distinción “transnacionalismo por abajo”/“transnacionalismo por arriba” propuesta por Guarnizo y Smith (1998) de alguna manera organizó los abordajes de literatura acerca de las prácticas políticas transnacionales. Por una parte, entonces, encontramos las investigaciones centradas en las acciones políticas de las y los migrantes (concretamente en sus luchas por la extensión de los derechos cívicos y políticos) y, por otra, aquellas investigaciones centradas en los procesos institucionales y en la implementación de políticas nacionales globales por parte de los gobiernos. A grandes rasgos, en el primer caso, las investigaciones analizan las formas organizativas de los transmigrantes, el modo en que determinadas coyunturas abren o cierran las estructuras de oportunidad que estos encuentran para plantear sus agendas, y el modo en que sus acciones condicionan o, por el contrario, promueven procesos de asimilación, integración o incorporación a la “sociedad receptora” (Portes et. al, 2008; Østergaard-Nielsen, 2003, entre otros). En tanto, en el segundo caso, las investigaciones se centran en el diseño y la implementación de programas de vinculación con las diásporas, en los procesos institucionales seguidos para la ampliación de determinados derechos y, en un sentido amplio y general, en los efectos que estas transformaciones institucionales tienen sobre los sistemas políticos y las democracias liberales, (Calderón Chelius, 2010; Itzigsohn-Villacrés, 2008; Hallet-Baker Cristales, 2010, entre otros).

Aún cuando la literatura sobre las prácticas políticas transnacionales de las y los migrantes abarca múltiples niveles, procesos, estructuras y actores, existen ciertos consensos. A los fines de este texto creo necesario mencionar cuatro de ellos. El primero indica que, quienes desarrollan algún tipo de práctica política a través de las fronteras de los Estados nacionales, constituyen una pequeña proporción de los migrantes. Es decir, se trata de un grupo de personas que, además de compartir una identificación nacional en un determinado país de destino (p.e. “mexicanos en Estados Unidos”, “uruguayos en Argentina”) asumen una identificación política común que los nuclea y distingue del resto de sus connacionales. El segundo punto señala que las prácticas políticas transnacionales son generalmente alentadas por los gobiernos de los países de origen interesados en el lobby que pueden hacer los migrantes en los países de destino, aunque no en todos, sino en aquellos países que tienen peso en el mapa global. El tercer punto de acuerdo es que para los migrantes la referencia para la incorporación a la vida política es el país de residencia. Finalmente, el cuarto punto derivado del anterior, sostiene la potencialidad transformadora de las prácticas políticas transnacionales. Éstas, se afirma, pueden contribuir a los procesos de desarrollo y democratización en los países de origen de los migrantes. A modo de ejemplo, las prácticas políticas transnacionales contribuirían a la existencia de una “sociedad civil transnacional” que puede

fortalecer el control democrático en los países de origen; algo posible en la medida en que los migrantes acceden a mayores recursos económicos y nuevas libertades (Waldinger, 2013). Varias investigaciones acuerdan en que los migrantes capitalizan en los países de destino los discursos y valores de las democracias ricas, para avanzar en la concreción de objetivos nacionales no resueltos en sus patrias, apelando a prácticas ampliamente aceptadas por la comunidad internacional como lo son las manifestaciones pacíficas, los petitorios, los debates o intervenciones en la prensa (Koinova, 2010). En este punto, el lenguaje de los derechos humanos que proporciona un código común para las negociaciones entre las redes políticas de los migrantes, los estados y, en algunos casos, las organizaciones internacionales, pone en evidencia que las configuraciones de la “ciudadanía transnacional” siguen las reglas del mercado y el capitalismo global (Ong, 2006), pero que al mismo tiempo también refuerza algunos aspectos del poder estatal.

La jerarquización valorativa de los sistemas políticos para los países de origen y destino de los migrantes habla del tipo de trayectorias migratorias privilegiadas hasta el momento (Sur/Norte), reflejo a su vez de las asimetrías entre los países involucrados, pero fundamentalmente de los marcos teóricos con que las investigaciones se han aproximado a ellas. Tal vez, uno de los desafíos por delante sea la reflexión descentrada sobre dichas valoraciones y asimetrías, que en su reiteración analítica parecen reforzar las desigualdades existentes.

Uno de los temas que mayor atención ha recibido por parte de la literatura sobre ciudadanía transnacional ha sido la lucha por los derechos políticos de los migrantes. Concretamente, las luchas por la obtención del voto extraterritorial. Si bien en cada caso el contexto, los interrogantes y enfoques varía, la extensión de derechos a las y los nacionales en el extranjero resulta una causa que permite pensar, entre otras cuestiones, los procesos de inclusión/exclusión de la comunidad política y sus distintas argumentaciones, así como su territorialidad. Algunos autores explican esta demanda como resultado del “proceso de desc ciudadanización” sufrido por los migrantes, entendido como “la pérdida de la pertenencia a la comunidad política” del país de origen (Calderón Chelius, 2010); a lo que otros suman entre las motivaciones la cruda discriminación sufrida en el país de destino (Portes et. al, 2008). Es en virtud de esto que sostienen que la promoción de la ciudadanía transnacional requiere de un proceso de “desnacionalización de la ciudadanía política” que, si bien no necesariamente deriva en la “participación política real” en el país de origen por parte de los migrantes, encuentra en su reconocimiento formal un fuerte sentido simbólico. Según esta lectura, la promoción estatal de la “ciudadanía transnacional” reinstalaría a los migrantes en el seno de la comunidad política, intención que generalmente es explicada por la necesidad de generar lealtades en contextos en los que las democracias resultan cada vez

más competitivas y profesionalizadas, pero también por la creciente importancia de las remesas económicas, sociales y políticas (Boccagni et. al, 2015).

Las luchas en torno al ejercicio de lo que aquí llamamos “ciudadanía transnacional” se presentan como un terreno productivo desde el cual reflexionar sobre los modos en que la circulación de personas, ideas, recursos, herramientas y estrategias está cambiando los modos y espacios en los que disputar el poder, hacer política, construir identificaciones y, por ende, de definir palabras clave de nuestro vocabulario.